

JENNIFER ROBSON

El vestido

ELLAS CREARON EL TRAJE DE NOVIA
QUE HIZO SOÑAR A TODA UNA ÉPOCA



JENNIFER ROBSON

EL VESTIDO

Traducción de Albert Fuentes



Título original: *The Gown*

© Jennifer Robson, 2019

Publicado de acuerdo con William Morris Paperbacks, un sello de Harper Collins Publishers.

© por la traducción, Albert Fuentes Sánchez, 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2019

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Por esta edición:

Espasa Libros, S. L. U., 2019

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.espasa.com

www.planetadelibros.com

Primera edición: septiembre de 2019

ISBN: 978-84-670-5663-1

Depósito legal: B. 15.789-2019

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Liberdúplex, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Ann

BARKING, ESSEX
INGLATERRA
31 DE ENERO DE 1947

Había oscurecido cuando Ann salió del trabajo a las seis menos cuarto y ya era noche cerrada cuando llegó a casa. Normalmente no le molestaba tener que caminar desde la estación. No era ni un kilómetro de paseo y le daba la oportunidad de aclarar las ideas después de la jornada. Esa noche, sin embargo, el paseo no fue agradable porque el frío del crudo invierno se le había metido debajo del abrigo, haciéndola tiritar, y las suelas de sus zapatos estaban tan gastadas que era casi como andar descalza.

Pero mañana sería sábado. Si le quedaba tiempo después de hacer cola en la carnicería, se pasaría por el zapatero a ver qué le decía. Los cupones que tenía no le alcanzaban para comprar nada nuevo, y los zapatos que llevaba los había sobresolado ya un par de veces. Quizá podría encontrar un par de segunda mano medio aceptable en el siguiente mercadillo del Instituto de la Mujer.

Dobló por Morley Road, dejándose llevar en la noche por el recuerdo del sinfín de veces que había regresado a casa por ese mismo camino. Todavía habrían de pasar unos días antes de que la luz de la luna pudiera guiar sus pasos. Un par de metros más y llegó al portal. Después de abrir la cortina que habían colgado para evitar que entrara el frío, encendió el aplique de la pared y se sintió aliviada al ver que la luz llenaba el recibidor. La noche anterior habían tenido un apagón a las ocho y la electricidad no había vuelto hasta esa mañana.

—¿Milly? Soy yo —avisó a su cuñada. El salón estaba frío y oscuro, pero de la cocina salían aromas que abrían el apetito.

—¡Llegas tarde!

—Creo que hoy pasaban menos trenes. Supongo que para ahorrar combustible. Y los que he visto iban como latas de sardinas. He tenido que esperar una eternidad antes de poder meterme en un vagón.

—Dicen que mañana volverá a nevar, ¿lo has oído? Pues figúrate el caos que habrá en los trenes.

—No me lo recuerdes. Por lo menos espera a que me descongele. —Ann colgó el abrigo y el sombrero en el perchero tambaleante que tenían detrás de la puerta y se quitó los zapatos—. ¿Has visto mis pantuflas?

—Las tengo aquí conmigo, para que se calienten.

Ann apagó la luz y, sin dejar su bolso, cruzó por el salón y entró en la cocina. Milly estaba a los fogones y miraba con gesto concentrado el contenido de una pequeña cacerola.

—Estoy calentando las patatas con verdura que sobraron de ayer con el último pedacito de jamón curado. —Volvió la cabeza para ofrecerle una sonrisa rápida y

luego se agachó para abrir la puerta del horno—. Aquí están —dijo dándole a Ann sus pantuflas—. Bien calentitas y nada chamuscadas.

—Eres un encanto. Oh..., qué bien sienta esto.

—Sabía que te gustaría. ¿Qué traes ahí?

Ann estaba junto al fregadero, apartando con cuidado el papel de periódico que envolvía una pequeña maceta de barro. Después de limpiar los restos de tierra que habían quedado adheridos al borde de la misma, la levantó para que Milly pudiera ver la planta.

—Es brezo. De la reina.

—¿La reina te ha regalado una maceta de brezo?

—No sólo a mí. Nos han dado una a cada una. Bueno, a todas las que hemos trabajado en la última remesa de vestidos. Los que van a llevar la reina y las princesas en su visita a Sudáfrica. Había muchísimo trabajo de pedrería y uno de los vestidos, el que la reina se pondrá para la fiesta del vigesimoprimer cumpleaños de la princesa Isabel, era todo de lentejuelas. Debía de haber millones, sin exagerar. Así que ordenó que nos trajeran las plantas desde Escocia para agradecernos el esfuerzo.

—Pues no estuvo muy espléndida —dijo Milly arrugando la nariz.

—¿Has visto una planta de brezo en flor? Son preciosas. Y ésta es blanca. Una de las chicas dijo que trae buena suerte.

Milly regresó a los fogones y volvió a remover la cerola.

—Creo que esto ya está caliente. ¿Puedes poner la mesa mientras yo sirvo los platos?

—Sí, y también voy a encender la radio. Así escucha-

mos el boletín de las siete del programa de variedades de la BBC.

La familia real había partido rumbo a Sudáfrica ese mismo día, y su despedida iba a ser sin duda la primera de las noticias del boletín. Por supuesto, el rey y la reina no iban a meterse en un taxi con un par de maletas. En vez de ello, según los periódicos, la gira real empezaría con un desfile en carruaje desde el palacio de Buckingham hasta la estación de Waterloo, donde una multitud de dignatarios agasajaría con una despedida formal al rey, la reina, las princesas y un sinfín de sirvientes y lacayos antes de que embarcaran en un tren con destino a Portsmouth. Y los vestidos, los trajes y la ropa de gala que Ann había contribuido a confeccionar formarían parte de aquel viaje histórico.

Hacía once años que trabajaba para el señor Hartnell. El corazón ya no se le aceleraba cuando pensaba que la reina lucía su trabajo de confección. Entre sus familiares y amistades hacía mucho tiempo que su empleo había dejado de ser motivo de admiración. Y algunos de sus parientes, como ocurría con Milly, a veces casi rebuznaban cuando Ann llegaba a casa con los ojos como luceros.

No obstante, no podía evitarlo. Era tan emocionante. Ann no era más que una chica corriente de Barking, la clase de persona que solía terminar trabajando en una fábrica o en un taller durante unos años antes de casarse y acomodarse a una vida como esposa y madre. Sin embargo, por un golpe del destino, había acabado trabajando para el modisto más famoso de Inglaterra, había ascendido en el escalafón hasta ocupar uno de los cargos de mayor responsabilidad en el taller de bordado y ha-

bía ayudado a crear unos vestidos admirados y envidiados por millones de personas.

La verdad es que había sido una casualidad. Cuando finalizó la escuela a los catorce años, en su casa no había dinero para pagarle una academia de secretariado ni nada parecido. Así que había acudido al servicio de ocupación y una mujer de rostro adusto le había presentado una lista de posibles empleos. Todos le habían sonado espantosos. Aprendiz de operaria en una fábrica de camisas, ayudante de institutriz, cajera de restaurante. Había pasado la página dispuesta ya a darse por vencida cuando lo vio:

**Aprendiz de bordadora, centro de Londres,
formación incluida.**

—Éste —había dicho Ann con timidez, señalando el listado—. «Aprendiz de bordadora.» ¿Qué quiere decir?

—Pues lo que dice. Déjeme ver el número de la referencia. Vale... Es en Hartnell, donde hacen todos los vestidos de la reina.

—¿La reina?

—Eso es —dijo la mujer en tono cortante—. ¿Está interesada o no?

—Sí. Sólo que... no se me da muy bien coser.

—¿No sabe leer? Aquí pone «Formación incluida».

La mujer apuntó una dirección y se la pasó por encima del mostrador.

—Voy a llamarlos para decirles que irá. Preséntese mañana por la mañana, a las ocho y media. Sea puntual. Asegúrese de ir con las manos limpias.

Ann había vuelto a casa bailando por la calle, impa-

ciente por compartir esa importantísima noticia —¡Londres! ¡La reina!—, pero su madre resopló al oírla.

—¿Tú, una bordadora? Pero si no sabes ni enhebrar una aguja. Verán el estropicio que haces con lo primero que te den y entonces te pondrán de patitas en la calle. Acuérdate de lo que te digo.

—Pero me están esperando. La mujer del servicio de ocupación no me ofrecerá más trabajos si no me presento. Por favor, mamá. Si no me presento, me voy a meter en un lío.

—Tú misma. Eso sí, vas y vuelves directamente. No te quiero pululando por Londres todo el día cuando hay tanto que hacer en casa.

A la mañana siguiente, Ann había salido de casa al amanecer, ya que los primeros trenes costaban seis peniques menos, y había esperado sentada en un banco de los jardines de Berkeley Square hasta que las campanas del Big Ben de Westminster dieron las ocho y cuarto. Entonces retomó el trayecto, que terminaba en una tranquila callejuela de Mayfair, y llamó al timbre con la mano temblorosa.

Una muchacha de su edad le abrió la puerta.

—Buenos días.

—Buenos días. He venido por el trabajo. ¿Aprendiz de bordadora?

La muchacha asintió con una sonrisa y le dijo que no se había equivocado de dirección antes de acompañarla al piso de arriba para presentarle a la encargada del taller de bordado.

La señorita Duley la miró de arriba abajo, le preguntó si tenía alguna experiencia bordando, y Ann le respondió temerosa, pero con sinceridad, que no tenía ninguna. Por algún motivo, su respuesta agradó a la señorita

Duley, quien asintió y sonrió muy levemente, antes de explicarle cuál iba a ser su trabajo y que su paga semanal sería de siete libras con seis chelines y que empezaría el lunes siguiente.

—¿Siete libras con seis chelines? —se había burlado su madre, aunque iba a cobrar más que sus antiguas compañeras de escuela en sus nuevos puestos como dependientas o aprendices de taquígrafas—. Con eso no te va a dar ni para el tren.

Ann había empezado a trabajar en Hartnell al lunes siguiente, y los primeros meses le pasaron como en una nube. Luego se enteró de que la señorita Duley la había elegido porque buscaba a alguien que no supiera nada para no tener que perder el tiempo quitándole los vicios. Las cosas se hacían de una determinada forma en Hartnell, es decir, se hacían con el más alto nivel de exigencia imaginable y sólo se aceptaba la perfección.

La señorita Duley tenía un ojo infalible: si una cuenta no estaba colocada en la dirección correcta, o un pespunte de satén sobresalía orgullosamente del resto, o incluso si una lentejuela brillaba un poco menos que sus compañeras, lo veía. Lo veía y su ceja izquierda se levantaba apenas un poco, mientras esbozaba esa sonrisa cómplice que le era tan característica. Como si quisiera decir que ella también había sido aprendiz y había cometido errores como todo el mundo.

Era difícil imaginarse a la señorita Duley como una muchacha de catorce años o incluso como alguien distinto de esa figura diminuta pero al mismo tiempo imponente que dominaba los talleres de bordado. Tenía unos ojos de un azul vivísimo que lo veían todo, un levísimo deje del suroeste de Inglaterra en su forma de ha-

blar y un porte serenamente firme que a Ann le resultaba muy tranquilizador.

—Fijaos en el trabajo que tenéis entre manos y todo lo demás saldrá solo —le gustaba decir a la señorita Duley—. Dejad vuestras preocupaciones fuera del taller y pensad solamente en los diseños del señor Hartnell.

Los años que habían transcurrido desde que entró en el taller no habían sido escasos en preocupaciones, y algunos días —algunos años— le había resultado casi imposible seguir el consejo de la señorita Duley. La madre de Ann había muerto repentinamente en el verano de 1939. El corazón, había señalado el doctor. Luego llegó la guerra, los bombardeos nazis y el horror de la noche en que murió su hermano. Su cuerpo carbonizado había quedado irreconocible, les habían dicho, e incluso su alianza de boda se había fundido.

Luego llegó la interminable miseria de los años que siguieron, y durante todo aquel tiempo se fue convenciendo de que no conocería otra vida que ésa. El ir y venir entre la casa en Morley Road y los talleres de Hartnell, y la vida anónima entre ambos espacios. Esa vida, esa retahíla de días grises y noches frías, los seres queridos a los que nunca más volvería a ver, era todo lo que alcanzaría a soñar.

El reloj de la sala de estar dio las siete, sacando a Ann de su ensimismamiento. De pie junto a la mesa, con un manajo de cubiertos agarrados en la mano, trató con todas sus fuerzas de abrirse el apetito para la cena que Milly había preparado. Era difícil, porque el jamón curado era poco más que cartílago y grasa, y las verduras se habían apelmazado formando una pasta agrisada. Incluso

la comida que de niña le daban en la escuela le habría parecido más apetecible.

—¿No ibas a poner la radio? —le recordó Milly.

El aparato, un modelo grande y anticuado fabricado en chapa de nogal, se encontraba en la sala de estar, junto a la chimenea. Ann la encendió y puso la mesa enseguida, después de dejar entornada la puerta que separaba las dos estancias. Cuando hubieran terminado de cenar y lavar los platos, la sala quizá se habría caldeado lo suficiente para que pudieran quedarse allí una hora antes de acostarse.

En cuanto se sentaron, la música aburrida e inofensiva del programa de variedades dio paso al boletín de noticias de la BBC:

«En el último día del mes de enero más frío que se recuerda en Londres desde hace muchos años, sus majestades el rey y la reina y las dos princesas han partido en la primera etapa de su gira por Sudáfrica...».

—No oigo nada —dijo Milly de pronto—. Voy a subir el volumen.

—Sí, sí. Calla...

«... se han reunido a lo largo del trayecto para brindar a la familia real una afectuosa despedida. Hasta el último de los integrantes del aterido gentío sin duda habrá deseado también verse transportado desde esta gélida tarde de enero a los maravillosos días soleados de Sudáfrica...»

—A mí no me verás en la calle diciéndoles adiós —murmuró Milly—. No con este frío que hace.

Como si quisiera dar respuesta a la queja de Milly, el locutor de las noticias pasó a hablar de aquel gélido tema.

«Las temperaturas a medianoche en Londres han ascendido a los tres grados bajo cero, casi seis grados más que a principios de esta semana. De madrugada, cuando ha empezado a nevar sobre algunos barrios de la capital, la temperatura apenas ha descendido. Sin embargo, el invierno tiene guardada otra desagradable sorpresa para las amas de casa británicas: se espera un cierre general de lavanderías en todo el país a menos que se incremente el abastecimiento de carbón.»

El agua ya hervía, así que Ann fue a la cocina y preparó el té para las dos. La lata estaba prácticamente vacía y sólo pudo rescatar una triste cucharada de hojas de té. Y sin azúcar, porque ambas habían aprendido tiempo atrás a prescindir de aquel discreto lujo.

—Me pregunto si esas niñas sabrán lo afortunadas que son —comentó Milly.

—¿Las princesas? Siempre dices lo mismo. Cada vez que salen en las noticias.

—Pero es que lo son. Mira cómo viven. Toda esa ropa, las joyas, no tener que mover un dedo para hacer nada. ¿Por qué no tendré yo la misma suerte?...

—Esas niñas trabajan. No, no me pongas esa cara. Claro que trabajan. Imagínate lo que tiene que ser ir de visita real para ellas. Todos los días las mismas conversaciones aburridas con desconocidos. Que todo el mundo te observe. La gente quedándose pasmada al verlas. Dudo mucho que puedan ir a la playa, por no hablar de que las dejen bañarse en el mar.

—Sí, pero...

—Y aunque haga mucho calor, o les duelan los pies, o se mueran de aburrimiento, van a tener que sonreír todo el rato y fingir que no hay nada que les apetezca más

hacer que cortar una cinta e inaugurar un puente o un parque con el nombre de su padre en algún pueblecito perdido en medio de la nada. Si eso no es trabajo, que baje Dios y lo vea. Eso sí, no me cambiaría por ellas ni por todo..., en fin, ni por todo el carbón, el té y la electricidad del mundo.

—Claro que lo harías, mendruga. Hay que estar chiflada para no querer ser rica como ellas.

—No me importaría ser rica. Pero ¿que todo el mundo supiera cómo me llamo y que esperase algo de mí? ¿Sentirme observada a cada paso que diera? Eso sería horrible.

—Supongo...

—Las dependientas y las probadoras del trabajo cuentan historias. Algunas de nuestras clientas más adineradas son las más groseras. Siempre con exigencias, y nunca ni una palabra de agradecimiento, y mucho menos una sonrisa. Te aseguro que a las chicas que trabajamos en los talleres esas mujeres nunca nos han hecho un regalo. ¿Comparadas con las princesas o la reina? Esas mujeronas sí que tienen una vida regalada.

—Vale —concedió Milly—. Entonces mejor nos hacemos millonarias y pasamos el invierno en el sur de Francia, o en el sur de Italia. Nos tumbamos a tomar el sol y dejamos que nos confundan con estrellas de cine americanas.

A Ann no le quedó más remedio que sonreír al imaginarse que la confundían con una estrella de cine.

—Sería maravilloso, ¿no? Subirte por las buenas a un barco o un tren y viajar a un país exótico —dijo. Ver algo más que aquellos cielos plomizos, los muros de ladrillos tiznados de hollín, los jardines marchitos por el invierno que desfilaban por la ventanilla del tren.

—Tampoco hay que viajar tan lejos. Me conformo con unos días en la costa.

La conversación se fue apagando y se pusieron a recoger la mesa. Milly siempre se ocupaba de fregar para que a Ann no se le agrietaran las manos. Acababan de dar las siete y media cuando terminaron.

—¿Crees que podemos encender la chimenea de la sala de estar? Sólo sería una horita... —preguntó Milly.

—Vale. Pero sin excesos. Esta mañana he mirado la carbonera y estaba casi vacía. A saber si el carbonero se pasará esta semana...

—Nada de excesos, pues. Y nos sentaremos muy juntitas y te leeré en voz alta. De vuelta a casa he pasado por el quiosco y he comprado el último número de *People's Friend*.

El fuego que preparó Milly era muy humilde, pero bastó para caldear la sala de estar un par de grados más. Fue un agradable colofón a la semana de trabajo: arrellanada en su confortable butaca, con los ojos cerrados y los pies por fin calientes, escuchando uno de esos cuentos románticos que tanto le gustaban a su cuñada.

Milly era demasiado joven para tener una vida así. Apenas llevaba un par de meses casada con Frank cuando éste perdió la vida en uno de los pavorosos e insensatos bombardeos de los nazis, y Ann, cada vez que recordaba aquellos días, todavía se sentía afectada. Su hermano había sido vigilante de incendios, no bombero, pero cuando la fábrica de su calle recibió el ataque no lo dudó ni un instante. Entró a buscar supervivientes y ya no salió.

Sin embargo, Milly todavía era joven, veintiséis años frente a los veinticinco de Ann, y antes de casarse con

Frank había sido el tipo de muchacha a la que le gustaba ir al cine los viernes por la noche o salir a bailar con las amigas, y que habría torcido el morro ante la idea de tener que pasar una noche leyendo en voz alta al amor de la lumbre.

De hecho, ¿cuándo había sido la última vez que Ann había salido de fiesta? No sería por falta de ocasiones, ya que no pasaba casi ningún viernes sin que un grupo de chicas del trabajo no fueran a una de las salas de baile del West End. Siempre la invitaban, y ella siempre les decía que no, gracias, quizá otro día. Era una costumbre que había adquirido cuando su madre todavía vivía y la sermoneaba con variaciones de la misma reprimenda las pocas veces que se atrevía a pedirle permiso para salir por la noche.

—Ya puestos, podrías tirar el dinero por el retrete. Ropa, zapatos, maquillaje, comida y bebida que te revolverán el estómago y la cabeza, por no hablar del chelín que cuesta la entrada, como mínimo —le decía abriendo la mano y contando, con los dedos encallecidos por el trabajo, todos aquellos inconvenientes—. ¿Y todo para qué? ¿Para que te quedes de brazos cruzados junto a una pared con las chicas del montón?

Su madre no le decía esas cosas para hacerle daño, por supuesto. Sólo quería enseñarle a ser fuerte. Que fuera consciente de lo despiadado que podía ser el mundo, especialmente para las chicas corrientes. Y tenía razón, desde luego. No parecía muy probable que alguien pudiera interesarse sinceramente por Ann, y sería absurdo y vanidoso llevarle la contraria.

En cambio, no podía decirse lo mismo de Milly, que era joven y guapa, y a la que nadie habría descrito jamás

como una chica del montón. No había motivo para que Milly no pudiera salir y pasarlo bien. Lo único que necesitaba era algo que ponerse y que Ann le diera ánimos.

A las mujeres que trabajaban en Hartnell se les permitía sacar patrones del taller para confeccionarse prendas, e incluso podían emplear retales de tela, cintas o pasamanería que las encargadas les dejaban aprovechar, y de vez en cuando Ann había reunido suficiente material para volver a forrar las solapas de una blusa o tapizar un juego de botones.

Eso era lo que haría. Iría al siguiente mercadillo que organizara el Instituto de la Mujer y buscaría un vestido para Milly que luego modernizaría con retales rescatados del taller, y la convencería de salir a bailar con sus amigas. Quizá Milly pudiera encontrar a otro chico. Quizá pudiera aspirar a un futuro que fuera un par de grados más cálido y generoso que una chimenea que crepitaba débilmente y que las páginas del *People's Friend*.

El reloj de la chimenea dio la hora. Eran las nueve; del fuego apenas quedaban unos rescoldos brillantes, y de pronto Ann se sintió tan agotada que no estaba segura de cómo iba a poder subir la escalera hasta su cuarto. Por lo menos, pensó, no tendría que levantarse al romper el alba al día siguiente.

—Ve a tu habitación —le dijo a Milly—. Te subiré una bolsa de agua para que te caliente la cama.

Sola en la cocina, esperando a que el hervidor empezara a silbar, Ann contempló admirada la maceta de brezo que le habían regalado en el taller. Cuando llegara la primavera, la plantaría fuera, habida cuenta de que su casa tenía un jardincito trasero diminuto, en el que ape-

nas había sitio para un parterre, embutido entre el cobertizo y la carbonera. Durante gran parte de la guerra, lo había tenido lleno de cosas prácticas, como alubias, zanahorias, calabacines y patatas. En el mes de junio de 1945, después de la victoria en Europa, había sembrado un puñado de semillas de caléndula que el señor Tilley, un vecino de su misma calle, le había regalado, y en la primavera del año siguiente habían vuelto a florecer, y poco a poco Ann había ido llenando el parterre de flores, hasta haber cubierto cada centímetro cuadrado de tierra con plantas cuyo único cometido era darle alegría.

Por más que se burlara Milly, aquel brezo era un tesoro. Un regalo de la mismísima reina, entregado en reconocimiento a la labor que había hecho. Cuidaría de él durante el resto del invierno y luego, cuando por fin llegara la primavera, le encontraría un rincón en su jardín. Ir de Balmoral a Barking era como viajar entre dos mundos distintos, pero su jardín no era un mal sitio donde terminar.

—Estarás contenta aquí —le dijo a la planta, rozando con los dedos sus tallos aterciopelados.

Después, sintiéndose un tanto boba por aquella fantasía suya, llenó las dos bolsas de agua caliente, apagó la luz de la cocina y subió a acostarse.